

**PAISAJES DE MEMORIA  
EL INTRINCADO *AFFAIRE* ENTRE EL CENTRO DE  
MEMORIA, PAZ Y RECONCILIACIÓN Y EL CEMENTERIO  
CENTRAL DE BOGOTÁ, COLOMBIA<sup>1</sup>**

Ana Guglielmucci  
Dra. Antropología Social  
Facultad de Filosofía y Letras (UBA)  
Investigadora Asistente CONICET  
Instituto de Ciencias Antropológicas (UBA)  
anagugliel74@gmail.com

Roberto Suarez Montañez  
Dr. Es Sciences de l'Éducation  
Université de Genève  
Departamento de Antropología  
Universidad de Los Andes  
rsuarez@uniandes.edu.co

**RESUMEN**

El tratamiento y la forma de recordar a los muertos en diferentes sociedades ha sido objeto de amplias investigaciones en antropología. En ellas, se ha discutido el significado de la muerte, las prácticas funerarias, las formas de clasificar a los fallecidos, así como el modo de evocarlos en los espacios públicos como privados. En occidente, desde inicios del siglo XX, además de la memoria encarnada en los cementerios, quienes han muerto en el contexto de regímenes autoritarios, guerras y conflictos armados suelen ser rememorados a través de la inscripción de sus nombres sin cuerpo en memoriales y monumentos en honor a los caídos o a las víctimas de la violencia política. Este trabajo discute el tema de significados

---

<sup>1</sup> El artículo fue escrito entre los meses de mayo y junio del año 2013, fecha de aceptación: noviembre 2013.

de la muerte y las prácticas ritualizadas sobre los muertos a través del caso del Cementerio Central y el vecino Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, ubicados en la ciudad de Bogotá, Colombia. El objetivo de este trabajo es analizar las formas contemporáneas en que diferentes relatos sobre la muerte, la violencia y el conflicto armado interno colombiano se encarnan y escenifican por medio de los cuerpos, los nombres y el recuerdo de los fallecidos en un mismo espacio físico pero, dividido en cuanto al paisaje de la memoria y en cuanto a los alcances de la memoria sobre los difuntos.

Palabras clave: paisaje, muerte, memorial, cementerio

#### ABSTRACT

How to remember the deceased has been a focus of a wide variety of anthropology studies. It has been discussed the meaning of death, funerary, practices, death classification and ways to evoke the deceased in the public and private spaces. In the western world, since the beginning of the XXth century, beyond the memory expressed in cemeteries, deaths caused by wars and political regimes are often engraved in monuments to honor the memory of the fallen people in battle or the political violence. This paper discusses, death and its meaning through ritualized practices in the Central Cemetery and the Centro de Memoria, Paz y Reconciliación in the city of Bogotá, Colombia. The main purpose seeks to analyze how the narratives on death, violence and Colombian armed conflict are embodied and displayed in the bodies, names and memories within the same place. It is discussed, as well, how the fact to share the same physical space does not imply a conceptual unity but rather a fragmented landscape of memory.

Keywords: landscape, death, memorial, cemetery

#### VIVIR, MORIR Y REVIVIR

Sin lugar a dudas, la muerte y los muertos han ocupado un lugar particular en la historia de la humanidad. Desde la antigüedad, se han construido sistemas de creencias, narrativas, prácticas mortuorias, así como una escenificación de estas últimas en espacios particulares como en catacumbas, necrópolis, iglesias, cementerios, entre muchos otros espacios (Thomas 1970). Cada sociedad, en cada momento de su historia, ha construido sistemas socioculturales para significar y darle sentido a la muerte en tanto evento ineludible en la vida del ser humano. Sin embargo, es posible afirmar que ella provoca experiencias, emociones y prácticas tan diversas como complejas en cada grupo social. Para los antropólogos que han trabajado sobre este tema, la conciencia de la muerte es parte de una unidad-especificidad del ser humano o parte de un conjunto bioantropológico (Morin 1976 y Howarth 2007). Al estudiar la muerte en las

sociedades indígenas, rurales o urbanas, encontramos que tanto la definición como las prácticas asociadas a la muerte permiten ver la relación social e individual en torno a ella pero, también permiten entrever cómo la muerte está acompañada de un relato de memoria que busca trascender, inmortalizar o hacer renacer al individuo fallecido. En este sentido, el difunto no es sólo un cuerpo desprovisto de la calidad vital biológica sino que es una unidad biológica, simbólica e histórica que evoca un pasado pero siempre anclado en un presente. De allí que el tratamiento social y cultural de la muerte esté determinado por imaginarios sociales que buscan subvertir el determinismo que ella impone. Existe un gran número de textos y autores asociados al tema de la muerte y de cómo esta es, a la vez, castigo pero también posibilidad de redención humana. Víctor Hugo, Giacomo Leopardi, William Shakespeare, Geoffrey Chaucer, Emily Brontë, Mario Benedetti, Octavio Paz y Gabriel García Márquez, entre muchos escritores, son un ejemplo de la fascinación que ejerce la muerte en distintas personas y sociedades. En la producción literaria, es posible ver de qué manera la muerte siempre ha acechado al ser humano, bien sea pensándola como un factor de trascendencia o como metáfora de lo tenebroso y sombrío de la vida y, en este último sentido, percibiéndola incluso como un evento finalizador del sufrimiento humano (Aries 1976).

La muerte ejerce un encanto erótico, seductor y vital para el ser humano. En este sentido, nos invita a ser pensada a través de la constelación de prácticas mortuorias tradicionales o contemporáneas, tanto en sociedades urbanas como rurales o nativas. En cada una de ellas, la muerte es ritualizada, significada y negociada mediante transacciones simbólicas, políticas y económicas. Aunque en todas ellas el acto de morir y el cuerpo del difunto involucran una desaparición corporal y una transición presencial, el muerto no deja de existir y, por el contrario, se le otorga un carácter metafísico: una calidad suprahumana que permite resignificar la vida. De allí que la búsqueda de la salvación cristiana, o el nirvana en Oriente, sean dos ejemplos religiosos en los cuales se puede observar el modo en cómo la temporalidad de la vida biológica es continuamente transgredida por unas prácticas sociales y culturales mortuorias que la trascienden (Bloch 1993 y Laqueur 2001).

Si para Martin Heidegger (1997) la finitud temporal expresa la esencia de la historicidad humana, o si para Sigmund Freud el miedo a la muerte es el motor de nuestros comportamientos y prácticas, desde una perspectiva antropológica la muerte es, indudablemente, un evento determinante en la vida social e, igualmente, un hecho transgresor del determinismo biológico así como del determinismo social. En otras palabras, la muerte representada en lugares como los cementerios, que constituyen espacios en los cuales se desarrollan ceremonias fúnebres o rituales religiosos y se construyen mausoleos, lápidas, monumentos u otro tipo de artefactos conmemorativos, permite tender puentes entre los ausentes y aquellos que aún perviven, de modo tal que las prácticas asociadas a ellos resignifican el carácter unívoco e irreversible de la muerte.

Los cementerios pueden ser pensados, entonces, como lugares conmemorativos que dan cuenta de cómo diferentes grupos sociales se relacionan con la muerte dentro de una geografía de la memoria surcada por necesidades de planificación urbanas, percepciones sociales, culturales e

históricas (Loudon 1843). Igualmente, son el resultado de unas políticas de nostalgia de la sociedad en los cuales la memoria sobre los difuntos se funde en temporalidades que mezclan el tiempo pasado y el presente, o, como lo sugirió Michel Foucault (2007), en discontinuidades temporales (*découpages du temps*). Los cementerios pueden ser descritos como necrópolis o como museos, pero sobre todo son espacios sociales y culturales en donde la muerte y los cadáveres son administrados según una cartografía moral ordenada, jerarquizada, higienizada y civilizada que promueve y cultiva el recuerdo de los difuntos a través de los vivos. Sin embargo, progresivamente, se les ha obligado a una diáspora en la cual han sido desplazados a la periferia de la ciudades, donde la cremación ha ocupado el lugar del entierro y el espacio consagrado a ellos ha sido descontextualizado y transformado en parques privados, o, como el en caso del Cementerio Central de la ciudad de Bogotá, utilizado para construir el Parque del Renacimiento y el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación (CMPyR), un museo o centro de investigación y conmemoración destinado a cierto tipo de muertos, en tanto en él se busca recordar a las víctimas del conflicto armado interno colombiano.<sup>2</sup> La construcción del Centro de Memoria dentro del terreno del Cementerio Central de Bogotá nos confronta con dos formas de entender la muerte y recordar a los difuntos o ausentes, y permite cuestionarnos sobre las prácticas materiales que dan vida a cada uno de estos lugares que construyen territorialidades espaciales y culturales particulares.

<sup>2</sup> El Cementerio Central está ubicado entre las calles 24 y 26, y desde la transversal 17 hasta la carrera 22, en la localidad de Los Mártires. Es el cementerio más antiguo y reconocido de la ciudad. El conjunto del cementerio se divide en tres zonas, denominadas "globos" e identificadas con letras: el globo A constituye el sector antiguo del cementerio, el globo B es el sector en donde se encuentran las bóvedas y el globo C eran fosas comunes para muertos N.N. Entre los tres globos cruzan la transversal 20 y la carrera 22. El globo A contiene una elipse de bóvedas que fueron los límites originales del cementerio y que, en 1878, se adaptaron al trazado de damero de la ciudad, dividiéndolo en dos partes: la elipse interior y el trapecio externo. En este sector hay tumbas tanto en mausoleos como en bóvedas ubicadas en la elipse y en los muros externos. En el globo B, ubicado al lado occidental del sector principal, se destacan las cuatro bóvedas o columbarios que se identifican como San Joaquín, San Juan, San Jerónimo y San Javier. Este globo se conoció también como el cementerio de los pobres y en él se destinó un sector para la construcción del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. Finalmente, en el globo C estaban las fosas comunes, allí es donde fueron enterrados los cuerpos de cientos de personas que fallecieron durante El Bogotazo. En el 2000, en este sector se construyó el Parque El Renacimiento, en cuya entrada se destaca la escultura de bronce donada por Fernando Botero de un *Hombre a Caballo*. El conjunto funerario se complementa con los cementerios Británico (al costado oriental) y Alemán (al costado occidental). Por su significado histórico y su valor arquitectónico y cultural fue declarado Monumento Nacional por el decreto 2390 del 26 de septiembre de 1984.



Foto aérea del cementerio donde se puede observar el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, ubicado dentro del perímetro del antiguo cementerio. También se pueden ver los cuatro columbarios que quedaron en pie y la elipse central del cementerio, área donde se encuentran ubicados los mausoleos objeto de peregrinaje, tal como la tumba de Leo Kopp.

## EL CEMENTERIO CENTRAL DE BOGOTÁ

La muerte ha sido un problema de salubridad pública, además de un tema religioso y filosófico. El Cementerio Central de Bogotá, como muchos otros en el mundo, se creó para separar el espacio que habitaban los vivos del lugar donde yacían los muertos. Antiguamente, durante la colonia, los cuerpos de las personas fallecidas eran ubicados dentro de las iglesias, o en fosas situadas en terrenos aledaños a ellas, dependiendo del status social y la tradición religiosa y cultural de sus deudos. Tal como se registra en el *Atlas histórico de Bogotá. 1538 - 1910*:

El 6 de enero de 1555 fray Juan de los Barrios, arzobispo de Santafé de Bogotá, demarcó y bendijo el primer cementerio que tuvo la ciudad. El cementerio constituía un terreno añadido al frente de la catedral y medía treinta pies medidos desde la puerta principal de la dicha iglesia hacia la plaza. Si bien este cementerio fue a cielo abierto, los habitantes de la ciudad siguieron con la tradición traída por los españoles de enterrar a sus muertos en templos, capillas y conventos, sin tener en cuenta mayores consideraciones de higiene [...] Esta costumbre tan arraigada de no utilizar los campos santos para enterrar a los difuntos, se trató varias veces de abolir por parte de la Corona española desde finales del siglo XVIII. Las disposiciones de Carlos III para construir cementerios ubicados en las afueras

de las poblaciones (Real Orden de 24 de marzo de 1781 y Real Cédula de 3 de abril de 1787) o prohibiendo los enterramientos en el interior de los templos (Real Cédula de 8 de abril de 1787), no surtieron efecto inmediato, ni siquiera en Madrid (Escobar, Mariño & Peña 2004: 354).

En Santafé, esta cédula real fue acatada por el virrey José de Ezpeleta, quien mandó construir, por decreto del 11 de abril de 1791, un cementerio para esta ciudad y encomendó para esta tarea al comandante de artillería de Cartagena, Domingo Esquiaqui y García. El proyecto para el cementerio realizado por Esquiaqui quedó consignado en el plano que él mismo realizó de la ciudad en 1791. En el borde inferior de una de las copias de este plano, compilado en el Atlas, se puede leer:

Nuevo y único plano geométrico ó ignográfico de la ciudad de Santafé de Bogotá, capital del Nuevo Reino de Granada (...) por el Teniente Coronel D. Domingo de Esquiaqui, Comandante de la Artillería de la Plaza y Provincia de Cartagena de Indias, para manifestar el nuevo cementerio ventilado que se propone construir fuera de la población al Oeste ó Poniente de dicha ciudad y [...], para este efecto, arreglada su extensión y capacidad al resultado de los muertos en un quinquenio, y con consideración a un tiempo de epidemia, con el cálculo prudencial de su costo tanto de la fábrica individual en el estado en que se adaptase a ella, como de lo total y completo de la obra construida.

El lugar escogido por Esquiaqui para este nuevo cementerio estaba situado al occidente de la ciudad, sobre el costado sur del camino que conducía a Fontibón, a la altura de la actual estación de La Sabana. El 30 de noviembre de 1793, el arzobispo Baltasar Jaime Martínez Compañón bendijo la sección del camposanto designada a los pobres que morían en el Hospital San Juan de Dios, que eran los que con más urgencia requerían ser sepultados allí para evitar futuras epidemias. Este cementerio fue conocido con varios nombres ("Occidente", "La Pepita" o "de Pobres") y estuvo en funcionamiento hasta que, por medio del Acuerdo Municipal Núm. 5 de 1887, se varió su lugar y se prohibió inhumar cadáveres en este sitio. Por tener esta connotación popular, las clases sociales con mayor solvencia económica se negaron a enterrar a sus difuntos en él y, por este motivo, en 1822, el alcalde ordinario de segundo voto o nominación de la ciudad, Buenaventura Ahumada Gutiérrez, le solicitó al Cabildo que designara unos terrenos para la construcción de otro cementerio, que sería el actual Cementerio Central. Sin embargo, mas allá de este llamado al Concejo municipal, la solicitud no fue tomada en cuenta inmediatamente. Pasados cinco años, el Gobierno Nacional tomó cartas en el asunto y el mismo Libertador Simón Bolívar firmó un Decreto el 15 de octubre de 1827 en el cual

prohibía nuevamente el entierro de cadáveres en templos, capillas o bóvedas, y ordenaba la construcción de cementerios en las afueras de las poblaciones que aún no contaban con ellos. El mismo día en que empezó a regir este decreto el intendente interino de Cundinamarca, Pedro Alcántara Herrán, ordenó la construcción inmediata del Cementerio de Bogotá en un lote de terreno que luego sería otorgado a los súbditos ingleses para su cementerio. De acuerdo con la información registrada en el Atlas Histórico de Bogotá, esta decisión estuvo expuesta a numerosas críticas, como la que se puede leer en las memorias del filólogo y humanista colombiano Rufino José Cuervo:

[...] como lo que se llamó cementerio no era sino un pedazo de ejido apenas deslindado, esta providencia causó sumo disgusto, porque la gente estaba acostumbrada a ver que sus deudos difuntos descansaban bajo cubierto al pie de los altares. El mismo Cuervo cuenta la historia de un caballero de 'dilatadas conexiones' que al morir se le realizaron las exequias en San Victorino y en 'ataúd muy bien clavado' fue llevado a dicho ejido en donde se le enterró. A los tres días se empezó a decir que el ataúd estaba vacío y que el cuerpo del difunto había sido enterrado en una iglesia. En efecto, se realizó la exhumación respectiva y se verificó que el ataúd estaba 'lleno de tierra y sin cadáver alguno', situación que deja en evidencia la dificultad para que los deudos enterraran a sus muertos en el cementerio (Escobar, Mariño & Peña 2004: 356).

Para 1831, aún no se había podido construir un cementerio apropiado por falta de recursos económicos y se buscó, como alternativa, financiarlo con un recaudo por cada entierro realizado en las iglesias. La ciudadanía exigió que se dieran las garantías suficientes para realizar estos entierros y se mostró de acuerdo en pagar las licencias que autorizaban este hecho, que, según un decreto del mismo año, especificaba que estos recursos estaban destinados para "...cerrar, ante todas las cosas, el terreno señalado para el cementerio, con tapias bardadas de teja, a fin de que lo más pronto posible empiece a servir, aunque sea provisionalmente, reservándose la construcción de tumbas y sepulcros para cuando haya mayores fondos" (Escobar, Mariño & Peña 2004: 356).

El cementerio se abrió definitivamente al servicio público a fines de 1836, a pesar de que venía funcionando como tal desde 1832. La capilla fue terminada en el año 1839 y, durante la administración de Julio Daniel Portocarrero (1904-1905), el arquitecto y constructor Julián Lombana diseñó y edificó, sin cobrar honorarios, la puerta de acceso al Cementerio. Sobre el portal, el artista Colombo Ramelli situó la escultura del dios griego Cronos, acompañado de un reloj de arena y una guadaña, como símbolo del tiempo inapelable.

Las prácticas de sepultura se fueron complejizando con el crecimiento poblacional y territorial de la ciudad de Bogotá, e implicaron un proceso progresivo de secularización en el tratamiento de los cuerpos de los fallecidos y de la relación con la muerte. Este cambio se vio reflejado en las prácticas y

percepciones de los habitantes urbanos. La élite y después la clase media buscaron, por medio de la propiedad privada del lugar donde eran inhumados y la construcción de monumentos en materiales perennes, sentar en la historia de la nación colombiana las bases del poder de su familia y de su grupo social. Esto ha ocurrido desde el siglo XIX hasta el siglo XX. En contraposición, los sectores populares no pudieron acceder a erigir monumentos sino hasta después de 1930, mediante la organización de las sociedades mutuarías y de los sindicatos.

Para la segunda mitad del siglo XX, sin embargo, se multiplicaron los parque-cementerios y los hornos crematorios en los suburbios de Bogotá, los cuales, por sus costos y su carácter privado, eran utilizados principalmente por los sectores socio-económicos altos y medios. Tal como indica Oscar Iván Calvo Isaza en su obra *El Cementerio Central. Bogotá, la vida urbana y la muerte* (1998), estas conductas de las clases acomodadas y medias “ejemplificaron el distanciamiento entre la vida urbana y los cementerios, abriendo paso a una concepción aséptica y mercantil de la muerte del poblador metropolitano” (15). En la actualidad, a diferencia de los grupos sociales acomodados que han desplazado sus muertos a los parque-cementerios privados, muchas personas de sectores medios y bajos todavía son inhumadas allí. De hecho, los cementerios públicos siguen existiendo y están llenos de vida. Por ejemplo, todos los lunes allí se realizan una serie de visitas ceremoniales y rituales fúnebres ligados a la celebración del día de las almas. Cientos de creyentes, de todas las edades, mayoritariamente de los sectores populares, acuden a los distintos cementerios distritales para iluminar a las almas benditas del purgatorio, ayudar a los penitentes a llegar al cielo y hacer sus peticiones. Según ellos, las almas son capaces de concederles cualquier milagro: sanar dolencias o enfermedades, conseguir los amores más esquivos y las oportunidades soñadas, multiplicar el dinero, o, simplemente, protegerlos de los riesgos inesperados. De acuerdo con algunos devotos visitantes, esta tradición de rezarle a los difuntos empezó cuando las trabajadoras sexuales los días lunes, que era su descanso después de un largo y extenuante fin de semana, acudían a los cementerios a contarles sus penas a los desamparados, a esas almas abandonadas que nadie visitaba, a esos muertos a quienes nadie les oraba ni les colocaba flores. Llevaban velas encendidas a los mausoleos abandonados, donde en muchos casos ni siquiera se reconocía (ni se reconoce) el nombre o la fecha de muerte del fallecido. Según otros visitantes, esta práctica está asociada con el Día de Muertos, una celebración mexicana de origen prehispánico que honra a los difuntos y coincide con las celebraciones católicas de Día de los Fieles Difuntos y Todos los Santos.

Los más fieles aseguran que esta es una tradición que va más allá de lo paranormal, de la santería y del fanatismo. Antes de entrar al cementerio, compran un atado de 7 velas, que corresponde a los siete días de la semana. Las hay de diferentes colores. El negro, para acabar con las malas energías y desatar los trabajos de brujería. Según una vendedora de velas que desde hace más de 60 años ocupa uno de los puestos de la entrada, las negras tienen más poder y son especiales cuando el pedido de la persona es casi imposible de conceder. También hay velas amarillas para la suerte y la prosperidad, verdes para el trabajo, azules para el dinero y rojas para la familia y para atraer el amor que no se puede alcanzar. Las velas blancas también se utilizan para las



peticiones más sencillas o para agradecer por los beneficios obtenidos. Después de tener las velas en sus manos, los fieles las prenden en un mesón metálico ubicado a la entrada del cementerio, y luego se dirigen hacia una zona alejada del panteón, en donde hay un pequeño altar lleno de flores. En este apartado y frío lugar, muchos feligreses llevan vasos con agua porque la tradición y las leyendas que se tejen sobre las ánimas del purgatorio dicen que, al vagar por el mundo, cansadas y con sed, llegan hasta este sitio a satisfacer sus ansias de agua y a descansar de todas las penas que llevan, con el anhelo de algún día pagar por sus culpas y descansar para siempre al lado de Dios. Allí también colocan velas. Antes de encenderlas, cada uno de los adeptos a este rito habla en silencio con las ánimas con la finalidad de que sus súplicas sean escuchadas, que sus ruegos sean atendidos por desconocidos, a quienes no se les conoce ni siquiera sus rostros o sus historias de vida. Se prenden las siete velas al mismo tiempo, con la devoción, el ansia y la fe de que ese deseo casi imposible se cumplirá con el poder sobrenatural que tienen estos seres. Esta práctica se debe repetir cada lunes, durante 9 semanas; de esta forma, los fieles les rezan a los espíritus desprotegidos y solos. La creencia supone que, antes de que se cumpla el noveno día, el milagro ya estará hecho.



Foto de Mauricio Salinas Rozo. Vista del portal de entrada del Cementerio sobre la Calle 26. Mesón metálico donde los creyentes prenden velas.

Un caso ejemplar es el de la tumba del científico colombiano, Julio Garavito, cuyo rostro aparece en los billetes de veinte mil pesos colombianos. Según los celadores del cementerio y las personas que van a visitarla, la tradición empezó aproximadamente hace diez años, cuando se murió Salomé, una señora del aledaño barrió Santa Fe, que ayudaba mucho a las prostitutas del lugar. Este barrio tradicional y céntrico, que otrora fuera un sector ocupado por las clases

acomodadas bogotanas, se caracteriza actualmente por ser una zona *deprimida* o de *tolerancia*, como se denomina comúnmente en Colombia a las áreas donde se expende droga, se practica la prostitución y se presentan altos índices de criminalidad. Al morir Salomé, su cuerpo fue enterrado al lado de Garavito y su tumba se convirtió en centro de petición, sobre todo para las trabajadoras sexuales y ladrones. Años después, el cuerpo de Salomé fue exhumado y trasladado al cementerio del Sur. A consecuencia de esto, los creyentes pasaron sus peticiones a Garavito, aprovechando que era famoso y salía en los billetes de veinte mil pesos colombianos. La costumbre consiste en golpear su tumba para avisar que uno ha llegado, colocarle velas y flores azules, arrojar agua, frotar el billete de veinte mil para que se multiplique, y rogarle por trabajo y dinero. Los jóvenes, las travestis y las prostitutas que van a pedirle favores o protección se sientan a fumar marihuana frente a la tumba y le echan el humo, pues creen que es la forma más efectiva para *trabar* o drogar al difunto y entrar en conexión con él. Una de las oraciones que le rezan los visitantes es la siguiente: “Por las oraciones de tu siervo Julio Garavito, hombre sabio y justo, aleja de mí el miedo, ansiedad y dolor. Ayúdame a enfrentar y soportar mi dificultad con fe, valor y sabiduría”.<sup>3</sup>

En el Cementerio Central, como hemos retratado anteriormente, se produce una intensa relación entre algunos grupos de personas con lo sobrenatural, desde la magia y la religiosidad popular. Calvo Isaza describe esta relación del siguiente modo:

...estas personas encuentran en los santos populares (asociados a los mausoleos de personajes como Leo Kopp, Carlos Pizarro, José Raquel Mercado), en las prácticas de hechicería y en la veneración de las ‘benditas almas del purgatorio’ o del ‘Anima Sola’, fórmulas de control e interpretación de la vida metropolitana, cuya realidad les es abiertamente hostil. En un momento de inestabilidad e incredulidad con respecto a la religión oficial, los monumentos funerarios juegan un papel preponderante en estas prácticas religiosas no institucionales. En relación con ellos se desarrollan diferentes comportamientos rituales que combinan la oralidad: las plegarias y novenarios; los ruegos y peticiones escritos; el dibujo y la intervención directa en las superficies, acompañados todos de una gestualidad y un movimiento corporal particulares (17).

Todos estos personajes fallecidos, pertenecientes a sectores de clase media o alta, generalmente representados por medio de estatuas ubicadas en

<sup>3</sup> Notas del registro de campo:

Entre febrero y junio de 2013 realizamos una investigación sistemática sobre el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, el Parque del Renacimiento y el Cementerio Central de Bogotá, tres espacios conmemorativos ligados a la historia de Colombia y situados en una misma área geográfica de la ciudad. Visitamos la zona en numerosas ocasiones, asistimos a eventos y conferencias, entrevistamos a autoridades, empleados y visitantes de ambos establecimientos, conversamos informalmente con ellos y filmamos la interacción de diversos actores con cada uno de estos espacios y sus interpretaciones acerca de ellos. El material registrado durante el trabajo de campo nos permitió identificar diferentes testimonios, usos sociales y apropiaciones simbólicas del lugar.

mausoleos familiares o individuales, son considerados como mediadores de Dios, a los cuales se les pide la concesión de ayudas o favores. Algunas personas, como expusimos anteriormente, van todos los días a la tumba del científico Julio Garavito a pedirle favores; otras personas, en cambio, van a la tumba del empresario Leo Kopp a solicitarle ayuda o trabajo. Un campesino que fue desplazado de su tierra en la zona de Montes de María, nos cuenta que desde que la guerrilla mató a su mujer e hijos, tuvo que huir a Bogotá, a donde llegó sin su tierra, su familia y su trabajo. Al llegar a la ciudad, se instaló en una pensión del Barrio Santa Fe, donde la gente del lugar le comentó que, en el vecino Centenario Central, había un señor, llamado Leo Kopp, que hacía milagros. Mas allá de desconocer quién era este buen hombre, decidió ir a su tumba y pedirle al oído una ayuda. Según él, Kopp le concedió el favor de Dios, revelándole un número de lotería, al cual jugó y ganó el equivalente a siete millones de pesos colombianos o cuatro mil dólares americanos. Con esta suma pudo alquilar un departamento, amoblarlo y salir a buscar trabajo. Consiguió un empleo en el estadio de fútbol El Campin y formó una nueva familia. A partir de ese día nunca deja de ir a visitarlo, junto a su mujer e hija. Muchos otros también le pagan al cura que se sienta frente a la tumba de Leo Kopp para que le rece unos misterios y eleve sus pedidos de favores. El cura nos ha contado que desde hace tres años que tiene su puesto en el cementerio y que nunca dejan de hacerle estos encargos.<sup>4</sup>



Foto de Mauricio Salinas Rozo. Tumba de Leo Kopp.

<sup>4</sup> *Ibidem.*

El Cementerio Central, de este modo, constituye un espacio privilegiado en la ciudad para la relación con el más allá, en el cual algunos grupos de personas recurren para reflexionar sobre el sentido de la vida y el problema de la muerte. Oscar Iván Calvo Isaza lo define como un territorio impregnado por la doble sacralidad de la religión y de la patria, pues tiene un valor simbólico multivalente. Según este autor, su calidad sagrada emana, en parte, de los héroes fundadores de la patria enterrados allí y de los monumentos de los hombres públicos: “De manera que en el campo de la identidad nacional y del imaginario político, el pueblo y sus héroes duermen juntos pero, como lo muestran los mausoleos dedicados a los grandes hombres, nunca revueltos” (16). De hecho, los muertos pertenecientes a los sectores populares son enterrados en nichos pequeños, ubicados en estructuras edilicias denominadas “columbarios”.



Foto de Mauricio Salinas Rozo. Detalle de la escultura de Leo Kopp a la cual acuden las personas para pedirle favores.

En este contexto, tal como afirma Calvo Isaza, “el monumento, en cuanto patrimonio histórico y cultural, adquiere una importancia capital en la producción simbólica dentro del Cementerio y el Cementerio todo en la dinámica de la ciudad”, ya que, como señala el mismo autor, esta “mezcla entre lo monumental —como testimonio material de la experiencia dinámica, social e imaginada de los habitantes de un tiempo pasado, y la manipulación, apropiación e interpretación de estos elementos históricos por sujetos diferentes a quienes los produjeron— están en la base de la tensión generadora de nuevas representaciones y nuevos símbolos” (17). El patrimonio monumental y sus usos, de este modo, permite visualizar cómo se interpreta la imagen del pasado y de qué manera se integra dentro un sistema de representaciones en el presente,

pues estos íconos designan las huellas materiales que se han constituido como referente común tanto para las élites, quienes lo presentan como prueba de su permanencia histórica y como legado que justifica su dominación social, así como para los sectores populares, quienes se los apropian como figuras mediadoras entre esta vida y el poder de Dios, o entre los seres del inframundo sobre la tierra y el más allá. En este sentido, la edificación del cementerio y las prácticas conmemorativas que en él se desarrollan pueden ser asociadas con el proceso de constitución del Estado y de la Nación, pues ellas comportan representaciones sociales que han sido incorporadas y son puestas en acto cotidianamente.



Foto de Mauricio Salinas Rozo. Vista de la vía interna principal del Cementerio Central de Bogotá.

Como indica Calvo Isaza, “...el imaginario político de una nación se sustenta en gran parte en el patrimonio histórico y cultural, en la medida en que este último recrea los escenarios, las acciones y la parafernalia del poder [...]. El patrimonio histórico o cultural es testimonio de dominación, de una producción y apropiación desigual de la memoria del país. En este sentido, es también un sitio importante para los conflictos entre distintos grupos sociales” (18). Los recuerdos de los vivos sobre los muertos son petrificados por medio de monumentos, pero, al mismo tiempo, se producen significados diferentes en torno a ellos a través de la manipulación de los objetos, la escritura, el dibujo, el ritual y la palabra. Por ejemplo, como ya hemos descrito, existen fórmulas subjetivas e intersubjetivas de manipulación del patrimonio material, por las cuales las personas se comunican e interactúan con toda suerte de personajes y fuerzas imaginarias que pueden interferir en sus vidas a través de los muertos.



Foto de Mauricio Salinas Rozo. Tumba de las hermanas Bodmer. Tumba familiar de niñas del siglo XIX. Se consideran ángeles favorecedores. Las personas les rezan por la salud de los niños y le ofrendan flores y dulces.

A partir de la descripción anterior destacamos de qué manera el Cementerio constituye un espacio social en el cual las actividades de las personas, los rituales, los monumentos y la arquitectura representan una unidad en la que se pueden observar y comprender algunos conflictos y procesos culturales, sociales o simbólicos de diferentes grupos urbanos en torno a la muerte y a la vida. Esto nos remite a la utilización de diferentes huellas: entre ellas, se cuentan las imágenes y arquitectura funerarias, la forma de habitar la ciudad, la memoria transmitida en la oralidad y en los documentos escritos, los rituales y los cultos colectivos.

#### EL CENTRO DE MEMORIA, PAZ Y RECONCILIACIÓN

A lo largo de esta última década, el gobierno distrital ha adoptado una serie de medidas orientadas a reorganizar la ciudad y ciertos lugares que han sido considerados como de particular interés por razones de calidad de vida, seguridad o salud pública de los ciudadanos bogotanos. La transformación de gran parte del Cementerio Central y del área sociogeográfica circundante entró en las prioridades del Plan de Ordenamiento Territorial (POT) del Distrito capital con la meta de mejorar un espacio que no cumplía con estándares de salud pública, de contener la inseguridad que caracteriza a la zona y de aportar nuevas áreas de recreación y deporte a los ciudadanos. Para ello se derribaron dos de los antiguos columbarios, donde se solía inhumar mayoritariamente a las personas más desfavorecidas económicamente o a los NNs, como fue el caso de las personas fallecidas durante los trágicos eventos conocidos como “el

Bogotazo” (1948).<sup>5</sup> Como consecuencia directa del POT, en el área de las tumbas anónimas se construyó el Parque del Renacimiento, pensado como un lugar de esparcimiento y encuentro entre la población vecina y los asiduos visitantes del cementerio.

Desde fines de la década del noventa, los sucesivos gobiernos distritales proyectaron intervenciones materiales y simbólicas de carácter político en el espacio en el cual se encuentra el Cementerio Central de Bogotá. Durante la alcaldía de Enrique Peñaloza (1998-2000) surgió la idea de transformar lugares definidos como peligrosos o inseguros para los ciudadanos en espacios de reunión y esparcimiento, como es el caso del Parque Tercer Milenio, ubicado en el área donde previamente existía un conocido lugar de expendio y consumo de drogas, conocido como “el Cartucho”, y el Parque del Renacimiento, construido sobre las tumbas anónimas de las personas fallecidas durante el Bogotazo. Según sus realizadores, este Parque fue creado como una metáfora física, cultural y social, es decir,

con la finalidad de incentivar la recreación. Su nombre fue dado por el cambio de uso del lugar, antes de dolor y muerte por el hecho de pertenecer al cementerio central, para convertirse luego en un sitio de vida y renacimiento.<sup>6</sup>

La acción del gobierno local estuvo mediada por un debate sobre la ciudad y sus muertos, el cual tuvo un momento cumbre en el año 2002, cuando se decretó que la estructura no sería más un cementerio y los restos humanos que quedaban en los columbarios debían ser retirados. Esta transformación en el uso del espacio dio paso a enérgicos debates entre funcionarios públicos de la Administración Distrital, investigadores, artistas y otros especialistas en temas de patrimonio:

Los primeros decían que había que mirar la ciudad con ojos de progreso, aducían la debilidad de la estructura y seguían la recomendación del arquitecto Rogelio Salmona de demoler los columbarios porque carecían de valor arquitectónico y dejar sólo los techos dentro de un parque. Los otros, por su parte, replicaban que no era admisible borrar de esa manera el pasado y argumentaban que bastaba reforzar la estructura para mantenerla en pie.<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> El 9 de abril de 1948 fue asesinado en Bogotá Jorge Eliécer Gaitán, candidato presidencial de los liberales. Este hecho desencadenó una serie de protestas y actos violentos en la ciudad, que se conocen como “el Bogotazo”. Las personas fallecidas durante esos eventos fueron enterradas en fosas comunes como NN.

<sup>6</sup> Cf. <http://www.martires.gov.co/index.php/parque-renacimiento>. Consultado el 3/04/2013.

<sup>7</sup> Cf. [http://www.cambio.com.co/culturacambio/827/articulo-web-nota\\_interior\\_cambio-5147907.html](http://www.cambio.com.co/culturacambio/827/articulo-web-nota_interior_cambio-5147907.html). Consultado el 4/04/2013].



Foto de Ana Guglielmucci. Vista de los cuatro Columbarios que permanecen en pie dentro del área del actual Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. Las pinturas son parte de la intervención artística de Beatriz Gonzáles titulada *Auras Anónimas*.

En este contexto político, el alcalde Antanas Mockus (2001-2003) escogió el Cementerio Central como un espacio simbólico donde expresar un mensaje político dirigido a la ciudadanía. Desde allí comunicó públicamente que, durante el primer semestre del año 2001, 492 muertes violentas fueron evitadas gracias a las campañas de protección de la vida y a la tarea de la Policía. Posteriormente, este alcalde impuso escribir una frase sobre los columbarios: “La vida es sagrada”<sup>8</sup>, frase que buscaba comunicar a la población bogotana que el cementerio como espacio de muerte puede ser redefinido, a pesar de su naturaleza, como un espacio de vida, que es lo que debería contar para una Nación. Más allá de estos discursos e intervenciones institucionales puntuales, los columbarios fueron abandonados y se convirtieron en vivienda improvisada para habitantes de la calle.

El 28 de septiembre de 2005 el Concejo de Bogotá Distrito Capital firmó el Acuerdo 174, siendo alcalde Luis Eduardo “Lucho” Garzón (2004-2008), por el cual se denominó Parque de la Reconciliación al parque de la calle 26 ubicado dentro de los predios del Cementerio Central. Al mismo tiempo, se emitieron normas tendientes a la recuperación de la Memoria Histórica en la ciudad de Bogotá. El acuerdo incluyó:

<sup>8</sup> La vida le gana a la muerte. *El Tiempo*, 13 de julio de 2001.



1) que es necesario que las presentes y futuras generaciones conozcan los graves hechos de violación de los derechos humanos que se han perpetrado en el país y se cree conciencia permanente de que tales hechos no se deben repetir nunca jamás; 2) que es conveniente establecer algunos instrumentos para la recuperación de la memoria histórica; 3) que es preciso rescatar la memoria de las víctimas de la violencia; 4) que la recuperación de la memoria histórica contribuye a la reconciliación y búsqueda de la paz que todos los colombianos anhelan; 5) que es voluntad del Concejo rendir homenaje a las víctimas de la violencia.

Este acuerdo sobre la base de un concepto favorable del Comité Distrital del Espacio Público permitió que la administración gubernamental pudiera incluir en el Plan Director del Parque de la Reconciliación la instalación de un Monumento sobre la Memoria como un elemento central en el proceso de recordación y respeto a las víctimas de la violencia en Colombia (Artículo 2), que el 11 de octubre se convertiría en el distrito capital en el día de la memoria a las víctimas de la violencia (Artículo 3)<sup>9</sup>.

En el proceso de reforma de este otro espacio del cementerio, aledaño al Parque del Renacimiento, diferentes actores intervinieron para construir vínculos de solidaridad o para reflexionar sobre el devenir de los muertos producidos por la violencia en Colombia. Algunos actores alegaban que, más que un museo, había que construir un parque que promoviera la reflexión sobre la violencia a través del mejoramiento de la calidad de vida presente y, para ello, había que derruir los columbarios. La intervención artística de Beatriz González, con su obra llamada *Auras anónimas*, puso punto final a la lucha entre los conservacionistas de los columbarios y los promotores del parque recreativo, es decir, entre quienes buscaban la conservación de los columbarios y quienes pretendían demolerlos. Esta controversia ya había tenido lugar cuando parte del Cementerio fue demolido y cubierto por la construcción del Parque del Renacimiento. Cabe destacar que, bajo su base, aún yacen los cuerpos sin nombre de las personas enterradas luego del Bogotazo, evento recordado por medio de una pequeña placa colocada en un rincón del parque.

Respecto a la demolición de los columbarios, la artista Beatriz González expresaba lo siguiente:

En ese momento los columbarios estaban abandonados. Caídos, desentejados. Un día vimos con pánico que estaban tumbando uno, otro día caía otro. El proyecto se había abandonado. Cuando los columbarios tenían la función de depositarios de restos humanos, los deudos los visitaban y hacían una ceremonia que trascendía el tiempo y el espacio: colocaban arreglos florales, elevaban oraciones,

---

<sup>9</sup> El 11 de octubre, fecha del asesinato del primer candidato presidencial de la UP, Jaime Pardo Leal, se conmemora en el Distrito capital el Día Distrital de la Memoria y Día Nacional por la Dignidad de las Víctimas del Genocidio contra la Unión Patriótica. Asimismo, se reivindica el Día Nacional por la Dignidad de las Víctimas del Genocidio contra la Unión Patriótica, en torno al cual se realizan actividades de convocatoria abierta, promovidas por la coordinación nacional de víctimas y familiares del genocidio contra la Unión Patriótica y la Corporación Reiniciar.

mencionaban nombres en voz alta, limpiaban las lápidas con agua. Sin los restos humanos se encontraban relevados de su misión, vacíos, sin ceremonias, ni visitantes. Sin embargo, existía el aura de las miles de personas que habían reposado allí.<sup>10</sup>

Para frenar la destrucción de los columbarios la artista Beatriz González propuso pintar los 8.957 nichos abandonados de los N.N. con imágenes que evocaran las figuras de los cargueros que transportaban personas por el territorio colombiano en siglo XIX, pero que, en este caso, fueran una procesión de cargueros que movilizaran muertos. Según la artista, la obra *Auras Anónimas*, que habita actualmente los columbarios,

está inspirada en la naturaleza efímera de los medios de comunicación, testigos de primera mano de los acontecimientos que ha vivido el país en los últimos cincuenta años. ¿Qué hace que sus testimonios no se fijen en la memoria? Es posible que sea la falta de repetición. La inmediatez impide crear íconos. En los medios se han difundido un sinnúmero de reportajes y fotografías de personas que buscan los restos de sus seres queridos enterrados en fosas comunes. Son las víctimas. Son el fruto de la guerra. Mientras los restos mortales se encuentran perdidos, sin un sitio donde reposen individualmente, los columbarios han permanecido vacíos desde 2005, año en que sacaron los últimos restos. Ante la desazón de tantos despojos perdidos se debe ubicar un sitio para su memoria.<sup>11</sup>

Más adelante, durante la administración de Samuel Moreno (2008-2011), teniendo en cuenta el Bicentenario de la Independencia colombiana (2010) se estimuló nuevamente el debate sobre esta área del Cementerio Central. Al buscar alinearse con la tendencia de construir monumentos que evoquen las víctimas de las guerras y de los regímenes autoritarios, se convocó a un concurso arquitectónico para construir allí el Centro del Bicentenario para la Memoria, la Paz y la Reconciliación. El ganador fue el arquitecto Juan Pablo Ortiz, quien diseñó y desarrolló, con el apoyo del consorcio El Bicentenario, la estructura que hoy se levanta al lado de los columbarios. El lugar fue denominado Centro de Memoria, Paz y Reconciliación que, según su actual director Camilo González (2013), reubica a las víctimas del conflicto armado en la agenda pública del país pues tiene la finalidad de vincular los derechos de las víctimas con procesos de construcción de democracia y paz en el presente. González destaca que este es un lugar para reconsiderar a las víctimas y sus testimonios con el objetivo de promover procesos y actividades colectivos de memoria. Para este efecto, el Centro de Memoria tiene dos componentes: uno es el artístico y el otro es el participativo. El primero busca, a través de la puesta en escena arquitectónica y las exposiciones artísticas, comunicar el problema en torno a la construcción del Estado-Nación colombiano y la violencia política. Arquitectónicamente,

<sup>10</sup> De cómo nació la obra 'Auras Anónimas'. Cargueros guardianes de la memoria. *El Espectador*, 29 de agosto de 2009.

<sup>11</sup> *Ibidem*.

esto se refleja en una estructura central, ubicada sobre espejos de agua que simbolizan la vida y arborizada con nogales por ser un árbol reconocido por la población nativa, los Muisca. La estructura cuenta con dos dimensiones: una, que sobresale en la superficie como homenaje a las víctimas, exhibe 20 anillos que simbolizan el bicentenario y 100 grandes ventanas de luz como metáfora de la lucha por la democracia y por la paz; la otra es una estructura subterránea a la que se desciende para significar el recogimiento necesario que debe tener un espacio de reflexión, de memoria, de construcción de paz y reconciliación.

El otro componente, el participativo, también se puso en marcha durante los años de construcción de la obra. A lo largo de este tiempo, se pensó y construyó una política pública de memoria conjunta entre la administración distrital y diferentes actores de la sociedad civil, tales como: organizaciones de víctimas, indígenas, afrocolombianos, sindicalistas, mujeres, jóvenes, colegios y universidades. La participación de estos grupos se dio mediante la incorporación de los testimonios de los familiares de las víctimas, además de diferentes ejercicios de construcción de memoria histórica inscritos en notas periodísticas, documentales, libros, bases de datos sobre víctimas, asesinados y desaparecidos, conferencias, etc. A su vez, esto se expresó en el simbólico acto que supuso que cada organización o familiares de las víctimas trajeran al Centro de Memoria puñados de tierra de distintas partes del país donde ocurrieron hechos de violencia, como las masacres. Esta tierra ha sido incorporada a la estructura edilicia como una manera de homenajear a las víctimas por medio de su colocación en probetas que han sido incrustadas en unos huecos en las paredes externas del monumento.



Foto de Ana Guglielmucci. Vista del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, 2013.

## DE LA TUMBA AL PARQUE Y DEL PARQUE AL CENTRO DE MEMORIA

Es indudable que el número de muertos y víctimas producidos por el conflicto armado interno colombiano es dramático. Entre las múltiples cifras del conflicto armado colombiano podemos mencionar: más de 16.000 secuestros extorsivos entre 1996-2012, 15.395 actos de terrorismo entre el 2000 y 2013, entre 4,7 y 5.5 millones de desplazados, 2.087 masacres, 9.509 víctimas de masacres entre 1983 y 2013, 3.000 falsos positivos<sup>12</sup>, más de 100.000 homicidios ligados al conflicto armado, 3.000 alcaldes, concejales y funcionarios asesinados desde 1986.<sup>13</sup> A pesar del peso de estas cifras impresionantes es importante analizar qué nos comunican sobre la manera en cómo una cultura, o un país, expresa lo que piensa y siente sobre la muerte y sus muertos. Para algunos actores, el número de víctimas producidas por el conflicto armado ha generado una banalización, una negación o una fatiga social, moral y cultural de lo que ha sido y es el conflicto armado en Colombia. Así, hablar de masacres, asesinatos, desapariciones y NN no son términos ajenos en el léxico de la población y, por el contrario, su uso es común, aunque muchas veces se haga por medio de eufemismos. En este contexto de un conflicto que no pasa, desde el año 2005, en Colombia se ha promovido desde los diferentes gobiernos un proceso de justicia transicional que ha buscado, de maneras disímiles, limitadas y contradictorias, la desmovilización de los ejércitos irregulares (paramilitares y guerrilla), la pacificación nacional, la reconstrucción de memoria y verdad, y la finalización del conflicto armado. Paralelamente a este proceso político de alcance nacional, el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) de la ciudad de Bogotá ha promovido la reducción de gran parte del Cementerio Central y su transformación en un parque recreativo y un museo o centro de memoria que tendiera a la convivencia y reconciliación de los ciudadanos. La idea detrás de esta propuesta se fundamentó en una necesidad de salud pública y en un mejoramiento de la calidad de vida y en la escenificación estética de una Bogotá “más humana y moderna”. En el marco de este programa, el espacio del Cementerio Central debía convertirse en un espacio de tipo memorial-museo-parque integrado a la ciudad, en donde las personas pudieran transitar sin miedo, pasar el tiempo, estar en familia y reflexionar sobre los hechos de violencia pasados y presentes. En suma: un espacio abierto desde el cual se pudiera evidenciar a Bogotá como ciudad diferente e inclusiva con sus habitantes. En este orden de ideas administrativas, el cementerio, al ser travestido en memorial-museo-parque, abrió paso a la posibilidad de que su terreno geográfico y su esfera de acción social perdiera parte de su esencia original y fuera dividido y compartido por otras instituciones que evaluaron como oportuno el poder instalarse y desarrollar su trabajo desde allí, como es el caso del Centro de Memoria.

El Centro de Memoria se inserta espacialmente en el Cementerio Central creando una nueva territorialidad paisajística, cultural e institucional en donde

<sup>12</sup> En Colombia se define como “falsos positivos” a las personas secuestradas y asesinadas por miembros del Ejército Nacional colombiano con el objetivo de presentar y legitimar los resultados de las brigadas de combate. Más de tres mil civiles fueron asesinados en el país haciéndolos pasar como “guerrilleros muertos en combate”.

<sup>13</sup> Revista *Semana*. Edición especial, del 3 al 10 de junio de 2013 (pp. 100).

varios tipos de estética arquitectónica comienzan a compartir un mismo espacio, al mismo tiempo que crean y recrean diversos paisajes urbanísticos. La arquitectura del cementerio proyecta un espacio social y cultural donde los cuerpos de los difuntos se funden en un lugar de culto y memoria de los muertos. Es un lugar de encuentro entre el mundo de los que siguen con vida y de aquellos que han culminado la existencia biológica. Es, igualmente, un espacio de reciprocidad entre el visitante y el difunto que cimentan un intercambio simbólico de protección y ayuda mutua. Prácticas ritualizadas, como decoraciones florales, aportar agua a las tumbas, quemar un manojo de cirios, golpear con el puño varias veces la lápida llamando a los difuntos, los epitafios inscritos en mármol, cemento o papel, las conversaciones, las plegarias y las oraciones con los difuntos a través de las esculturas o monumentos fúnebres, las misas católicas, son todas manifestaciones de una alianza que se renueva constantemente entre la vida y la muerte, los que quedan y los que se fueron de este mundo terrenal. La escenificación del cementerio es parte de un paisaje arquitectónico, social y simbólico de la ciudad donde tocar y sentir la muerte por medio de cuerpo y la memoria del difunto reconstruyen o reorganizan un espacio de vida.

El Centro de Memoria, por otro lado, proyecta una escena social y cultural muy diferente. Si en el cementerio los cuerpos existen en bóvedas, mausoleos o tumbas, en el CMPyR estos fueron expulsados. Los cuerpos de los muertos fueron exhumados y ya no son los muertos en general a los que se recuerda. La misión es reconstruir y transmitir la memoria de las víctimas por medio de bases de datos o símbolos que invitan a pensar en ellas como sujetos político-jurídicos o ciudadanos. Allí la alianza y reciprocidad se da mediante el diseño arquitectónico, pensado bajo un precepto de memoria y diseñado como un monumento a las víctimas de la violencia política en general y como un ícono trascendente que nos convoque a la reconciliación nacional a través del rechazo hacia los crímenes contra la humanidad. La muerte en el Centro de Memoria sólo tiene sentido en términos de memoria y reconciliación. Asimismo, su diseño establece una idea de lugar en el cual los visitantes actúan bajo un ideal racional e intelectual. En este sentido, plantear una reflexión sobre la muerte desde allí implica mirar y estar atento a las disposiciones corporales en el espacio y a sus formas, ángulos, ambientes, luces y sombras, diseños y texturas, que apelan a narrativas políticas conceptuales. Si en el cementerio predominan los actos sensoriales ritualizados, a través de ciertas prácticas ligadas a la religiosidad popular, que implican intervenir, sentir, tocar, ver, escuchar para estar en contacto con el más allá del aquí y ahora terrenal, en el Centro de Memoria el visitante está subordinado a una relación de peregrinaje intelectual sobre la muerte en abstracto, a un recorrido de lo tácito que se materializa en el edificio y su estructura.

Así, la relación establecida con la muerte y los difuntos se expresa en léxicos claramente diferentes: mientras que en un lugar existen difuntos, en el otro se hace referencia a las víctimas. En el cementerio, la relación con los muertos aparece mediada, fundamentalmente, por las creencias religiosas o mágicas populares; en el CMPyR, se encuentra mediada por la idea de Estado-Nación, de derechos y ciudadanía. Este es el caso de algunos

personajes importantes en la historia del país que, en el Cementerio Central, ocupan un lugar importante de culto, como es el caso de José R. Mercado, líder sindical asesinado; de Luis C. Galán, candidato a la presidencia asesinado, o del comandante del M-19, Carlos Pizarro, cuyas tumbas se encuentran en el Cementerio Central y, simultáneamente, son parte de la nómina de víctimas del conflicto armado interno colombiano, incluida en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. No obstante, el lugar simbólico de estas personas dentro del Cementerio y del CMPyR es disímil. En el primero, son objeto de culto y rituales, se los considera intermediarios con Dios y se les reza para pedirles diversos favores. Muchas veces, sus asiduos visitantes y creyentes desconocen sus historias de vida, pero reproducen las creencias populares en sus poderes pasados que permiten a los vivos usarlos aquí y ahora. En el CMPyR, en cambio, se recupera la historia política de algunos de estos personajes, no se les reza ni se les pide favores, no son mensajeros para llevar pedidos a Dios. Ellos pueden constituirse en ejemplos de vida a emular por su compromiso y entrega social con ideales político-revolucionarios o la lucha por la consecución de derechos políticos ciudadanos.

Finalmente, cabe destacar que, si bien el eje Cementerio Central, CMPyR y Parque del Renacimiento constituye un área compartida, al mismo tiempo presenta unas fronteras físicas, sociales, políticas y culturales entre ellos. Ya sea por su historia, por las características edilicias, o por la apropiación de estos lugares por parte de diferentes grupos sociales, tales espacios son delimitados material y simbólicamente como esferas de acción heterogéneas. Esta diversidad se expresa, entre otras cosas, en la relación establecida con la muerte y con los ausentes. Si bien los tres lugares establecen relaciones con los hechos de violencia pasados y su recordación actual, la manera en la cual lo ponen de manifiesto es distinta, ya sea por sus respectivas denominaciones oficiales (Cementerio Central, Centro de Memoria y Parque del Renacimiento) y por sus misiones (inhumación, transmisión de memoria, construcción de paz y reconciliación, o recreación). Entonces, permanece la pregunta sobre cómo construimos memoria ligando a los muertos con los vivos dentro de contextos socioculturales y paisajísticos heterogéneos que han demarcado fronteras no sólo en la manera de definir la muerte sino también en la forma de representar y sentir a los difuntos, y en la historia del presente que se construye de ellos y sobre ellos, como base material del recuerdo.

## BIBLIOGRAFÍA

Ariès, P. (1976). *Western Attitudes Toward Death*. London. Marion Boyers.

Bloch, M. (1993). La mort et la conception de la personne. Terrain [En ligne], 20, mis en ligne <http://terrain.revues.org/3055>; DOI : 10.4000/terrain.3055. Consultado el 3/01/2013.

Calvo Isaza, C. I. (1998). *El Cementerio Central. Bogotá, la vida urbana y la muerte*. Bogotá. TM Editores. Observatorio de cultura urbana.

Escobar, A.; Mariño, M. & Peña, C. (2004). *Atlas Histórico de Bogotá*.

1538-1910. Bogotá. Planeta Corporación La Candelaria.

Foucault, M. (2007). *Security, Territory, Population: Lectures at the College de France 1977-78*. New York. Palgrave Macmillan.

Freud, S. (2006). El yo y el ello, y otras obras (1923-1925). En *Obras completas de Sigmund Freud*. Volumen XIX (Trad. José Luis Etcheverry). Buenos Aires & Madrid: Amorrortu editores.

Heidegger, M (1997). *Ser y Tiempo* (Trad. J. E. Rivera). Santiago de Chile. Editorial Universitaria.

Howarth, G. (2007). *Death and Dying: A Sociological Introduction*. Cambridge. Polity Press.

Laqueur, T. (2001). 'Spaces of the Dead in Modernity' Cultural Studies at George Mason [[http://www.probeinternational.org/old\\_drupal/UrbanNewSite/spacesofthedead.pdf](http://www.probeinternational.org/old_drupal/UrbanNewSite/spacesofthedead.pdf)]. Consultado el 4/01/2010.

Loudon, J. (1843). *On the Laying Out, Planting, and Managing of Cemeteries; and on the Improvement of Churchyards*. London. Longman, Brown, Green and Longmans (reprinted facsimile edition, 1981, Redhill, Surrey Iwelet Books).

Morin, E. (1976). *L'homme et la mort*. Paris. Ed. Du Seuil.

Thomas, L.V. (1970). *Anthropologie de la Mort*. Paris. Éditions Payot.

